

El camino de la paz

10 de junio de 1938

Una etapa decisiva para ese camino acaba de ser franqueada, la de la reunión en Ginebra del Consejo de la S.D.N. Ha sido superada, felizmente para la causa de la paz.

Todas las mentes ponderadas y reflexivas sabían que el espíritu insensato de convertir la guerra civil española en conflagración mundial estaba condenado a un fracaso, tan inevitable como merecido. Las cosas ocurrieron como estaba previsto: hay que felicitar por ello a los hombres de Estado que han sabido colocarse a la altura de su tarea y de sus deberes y agradecerse.

Pero la ceguera de los partidarios es tan obstinada, que es necesario desde este momento prever, anunciar y desbaratar otra maniobra, tan desesperada como probable. Pronto, en los primeros días de septiembre, la Asamblea de la Sociedad de Naciones deberá reunirse como siempre en Ginebra, y seguramente la tesis absurda y el proyecto catastrófico querrán reaparecer en esa no' sibn. Con mejor suerte, se nos dice, puesto que prolongamos, al menos hasta allí, la tragedia que arruina a España.

!Plan execrable y loca esperanza! Aunque la Asamblea sea más numerosa que lo es el Consejo y que parece en superficie más apasionada y movida, no eo, a pesar de las diferencias de hombres y de número, una reunión popular, sometida a la invasión de las demagogias. Sí lo es un conjunto más extenso de voces, enviadas para el escrutinio por los gobiernos responsables.

Desde ahora, se puede conocer, sin duda y sin sorpresa, la decisión de la Asamblea, si se declara la absurda esperanza de generalizar el conflicto. Habría entonces una confirmación aplastante de la decisión de mayo, aún más claro, más ruidosa y más áspera, si fuera necesario para eliminar toda ilusión beligerante.

Basta con que reflexionemos sobre las fuerzas que priman en Ginebra y sobre las actitudes tomadas en el Consejo, al igual que en la Asamblea de 1937. Primero las potencias democráticas, las guías, que pusieron al día la S.D.N., no

pueden ser batidas ni siquiera desmontadas en Ginebra, y ello por dos razones: la solidez de su tesis y el prestigio de su autoridad. Hay además indicaciones inequívocas sobre el voto eventual de los países de la Entidad balcánica. Pero queda el grupo tan numeroso de los Estados hispanoamericanos, que merece un examen especial.

Ese último grupo, con la excepción más o menos de México, ya expresó claramente, en septiembre de 1937, su oposición resuelta a la tesis rechazada por el Consejo de la S.D.N. e incluso su alejamiento para los partidarios de esa tesis. Eso se explica porque el desgarramiento de España es allí particularmente sentido y doloroso. Los Estados hispanoamericanos desean el alivio de España porque la discordia en mi patria provoca en ellos unos ecos inquietantes, aunque estuviesen reducidos al grupo de los inmigrantes que conservan aún la nacionalidad española. Además, «la tendencia autoritaria» ha reforzado las tendencias del «régimen presidencialista».

No se puede olvidar que la fuerza de tales sentimientos en el seno de esos Estados hispanoamericanos les empujó de mala gana, pero sin dudar, a no asegurar la mayoría necesaria a la conservación del sitio semipermanente de España en el seno del Consejo. Por ir tan lejos, esos Estados debieron olvidar además todas sus inclinaciones sentimentales, tradicionales y políticas, que tenderían a mantener el rango internacional de la vieja madre patria.

Sería, pues, con toda evidencia, una tentativa ineficaz, torpe, e incluso desafortunada, hacer un llamamiento a la Asamblea, arruinando completamente a España y sacrificando centenares de miles de vidas.

Cuando gobernamos un pueblo o sólo una parte de éste —bien sea por el derecho, o incluso por la fuerza— subsiste el deber de no destruirlo sin necesidad, sin final alcanzable y sin esperanza. Cuando ese pueblo tiene una historia como la de España, no se puede arrastrar su dignidad pasada y la suerte de su futuro, de fracaso en fracaso en todos los órdenes.

La paz, lo antes posible, es una necesidad suprema para todos los españoles, desde el punto de vista nacional; para todos los Estados, en el orden de las repercusiones internacionales; para la democracia en todas sus significaciones y sus encarnaciones, ya demasiado comprometidas en provecho de la reacción fascista, precisamente por el efecto de la prolongación de la guerra civil.

En todo tiempo y lugar, el camino para la paz no debe, nunca, ser recorrido al ralenti. En este momento, para el caso de España, conviene recorrerlo a gran velocidad. Es la opinión de la prudencia, por muy paradójica que parezca cuando se trata de rutas materiales.